

Lincecum, Gideon (1793-1874)

Un combate de hormigas en los Estados-Unidos (1875)

Revista Europea

Difícilmente se encontraría en ciertas regiones de los Estados-Unidos un tallo de hierba, una ramilla de planta o algunos metros cuadrados de terreno sin ver alguna hormiguita negra de las llamadas *erráticas* o *locas*. Cuando se aplasta alguna hormiga de éstas, exhala fuerte olor de ácido fórmico. Rápida en sus movimientos, no traza senderos como las de otras muchas especies; marcha por vías dispersas, pero siguiendo, sin embargo, la misma dirección durante muchos centenares de metros, siempre en movimiento, cruzando y volviendo a cruzar el camino y recorriendo tres o cuatro veces la distancia que la separa del punto a que quiere llegar.

Estas hormigas tienen depósitos a distancias iguales a lo largo del camino que recorren, visitándolos frecuentemente al pasar por las cercanías, pareciendo que consideran este deber como asunto grave. Sin embargo, pudiera suceder que lo que llamo almacén o depósito resulte, después de más detenido examen, una línea de ciudades confederadas, entre las que se verifique activo y extenso comercio. En mi opinión, es imposible desconocer que en toda la línea ocupada por estas ciudades están establecidas relaciones de la manera más formal y completa.

Estropead una de estas hormigas en el camino que recorre y produciréis violenta turbación; visitarán y examinarán a la herida, y en menos de cinco minutos se habrán acercado a ella más de quinientas compañeras de camino. Si ven que puede curar, le ayudarán hasta que se ponga en pié y pueda marchar con las demás cual si nada la hubiese sucedido; si muere, las otras la llevarán fuera del paso de la multitud... y los negocios continuarán su curso.

Lo verdaderamente curioso es que estas hormigas declaran algunas veces la guerra a las de los árboles, las de cabeza roja. Muchas veces el conflicto da ocasión a un desastre inmenso. Aunque las hormiguitas negras suelen llevar al campo de batalla un número diez veces mayor que el de sus enemigas las de cabeza roja, frecuentemente son derrotadas. La batalla que presencié entre estas dos especies duró de cuatro a cinco horas.

Algunas compañías se batían ya con encarnizamiento, cuando, al salir el sol, empecé a observarlas. Batíanse en medio de un camino, y el número aumentaba rápidamente. La vulgar necesidad de almorzar me obligó a abandonar el observatorio; pero a mi regreso los dos ejércitos habían aumentado considerablemente, acudiendo incesantes refuerzos, y la batalla se extendía en una superficie de tres o cuatro metros.

La disciplina y manera de combatir era completamente distinta en cada especie. Las negras atacaban a sus enemigas mordiéndoles las patas, y como eran mucho más numerosas que las de cabeza roja, cargaban dos o tres contra una, consiguiendo estropearla, y así ponían considerable número fuera de combate. Las de cabeza roja, por el contrario, solamente trataban de decapitar a sus contrarias,

consiguiéndolo con indecible destreza. La escena era terrible, y la muerte cosechaba ampliamente en los dos bandos.

Muy pronto mandaron órdenes las hormiguitas negras para que acudiesen todas las reservas, y de las puertas de una de sus ciudades, situada a sesenta pasos de distancia, empezaron a salir millares de individuos. Veíase que acudían a marchas forzadas, y era tal su número, que parecían una cinta negra extendida en el suelo y sin fin, porque continuaban saliendo de su ciudad por millares innumerables.

Desgraciadamente, en aquel instante su ejército comenzó a ceder en el campo de batalla, y empezó una derrota desastrosa en medio de un pánico general. En su desordenada fuga, las fugitivas encontraron las primeras filas de los refuerzos, comunicándolas su completo desastre. Entonces se generalizó el pánico, huyendo precipitadamente los refuerzos a refugiarse en la ciudad. En cinco minutos no quedó una hormiga negra viva sobre el campo de batalla. Parecióme que la noticia de aquella gran batalla y de sus desastrosos resultados había sido comunicada en derredor por las que no habían asistido al combate, siguiendo en sus diarias ocupaciones. Fuese así o no, el hecho evidente es que desaparecieron todas las hormigas negras del terreno del combate y de las inmediaciones.

Poco después acudieron a la ensangrentada llanura numerosos inspectores, dedicándose a rudo trabajo durante algunas horas. La mayor parte asistían a las numerosas heridas, llevándolas a la sombra de una elevada mota de tierra levantada por la rueda de algún carro pesadamente cargado, con objeto de resguardarlas de los abrasadores rayos del sol, porque eran las once del día. Otra parte considerable de inspectores se ocupaba en recoger los troncos decapitados de las hormigas negras y llevarlos a un poste de encina, en el que tenían una ciudad, y que distaba poco del sitio del combate. Supongo que se proponían celebrar un festín con aquellas víctimas sin cabeza, inmoladas en honor del dios de la guerra.

Observábase grandísima actividad en las que asistían a las heridas, viéndose que hacían todo lo posible en obsequio de ellas y que las manifestaban mucha simpatía: en poco más de una hora reconocieron que gran parte de las heridas eran útiles aún para el trabajo, y las que parecían heridas de muerte las llevaban al poste con los cadáveres.

Aunque considerable número de las de cabeza roja estaban estropeadas y algunas de suma gravedad, muy pocas habían quedado muertas. También las llevaron al poste con los decapitados troncos de sus enemigas. Cuando las victoriosas se retiraron del campo de batalla, solamente quedaron para indicar el sitio del combate las cabezas separadas de sus enemigas, siendo tan numerosas, que parecía habían derramado en aquel terreno semilla de adormideras.